LAS COORDENADAS DEL HISPANOAMERICANISMO

POR

HUGO MUÑOZ GARCIA

LA ABSCISA

No hace cinco siglos que una porción de tierra ignorada mecíase apacible al dulce arrullo de las olas. Dos océanos, custodias fieles de la riqueza y virginidad del continente, golpeaban sus costas en el silencio de las noches como en el murmullo de los amaneceres. En las mismísimas entrañas de esos vastos dominios, unos seres extraños se agitaban al compás de la danza de un mutismo absoluto. Nadie sabía de ellos, ni ellos conocían a nadie. Una cortina de niebla espesa, tejida con los gruesos hilos de la ignorancia, cubría la desnudez de su cuerpo, mientras, al otro lado, un emporio de soñadores, ávidos de aventura, iba paso a paso desflorando la inmensidad del planeta.

Fueron el Atlántico y el Mediterráneo los órganos viriles, bajo cuyos conductos se chorreaba la savia europea con deseos de procreación asombrosa. Islas cercanas, tierras del Asia, parajes de la misma Europa encendían sus mejillas al paso de los invasores.

Parecía bastar y sobrar las descargas energéticas de tan importante medio. El mundo era tan pequeño, tan poco lo necesitado para querer aventurar en lo desconocido. La tierra plana, la parte habitable finalizando en las costas del Atlántico, grandes abismos y cataratas infinitamente colosales no eran un aliciente que llamara a la aventura. Bien valía cerrar las pupilas de las andanzas y volver al dulce sopor de lo conocido.

Un paréntesis de letargo se abrió entonces entre el mundo europeo y el americano, hasta que un sencillo y humilde hijo de Italia, alimentado con las nuevas ideas de la forma de la Tierra, los viajes de algunos marineros y comerciantes hacia el Africa y un deseo vehemente por las empresas árriesgadas hizo que, a finales del siglo xv, cambiara la faz de las cosas.

Chiflado por sus fantásticas alucinaciones constituyóse entonces en el bufón más cuerdo de su tiempo. Blasfemo y herético en su manera de pensar y sentir, hablaba de ir a China y la India por rutas no soñadas por mortal alguno: de Europa por el Occidente,

dandó la vuelta al mundo. Italia, Inglaterra y Portugal cerraron sus puertas al marinero, que, abatido por la incomprensión, viajó a España en pos de ayuda. Gracias a la influencia eclesiástica, al machaqueo hasta chocante de sus proyectos, y quizá también a un azar del Destino, una reina esplendorosa por sí, y recordada especialmente en nuestra Historia por un acto que le coronó de gloria, cooperó decididamente en tan fantástica empresa, como que, en un amanecer sabor de dicha, un oscuro puerto batía soñoliente el pañuelo de la despedida el 3 de agosto de 1492, dando el último adiós a un hombre que llevaba la Italia en sus venas y la España en su corazón.

Dos meses y nueve días fueron suficientes para que los audaces navegantes desgarraran el misterio del mar y el silencio de otras tierras. Habían llegado, según su creencia, a Cipango y Catay.

En esta sublime inconsciencia permanecieron españoles, italianos y portugueses que, en cumplimiento de una noble y trascendental misión, habían tocado porciones verdaderamente continentales de Panamá, Venezuela, Brasil y Argentina. Necesario se hizo que Américo Vespucio, un continuador de las glorias de Colón, explicara que esta "tierra incógnita" constituía una masa continental muy distinta, para que los europeos comprendieran la maravilla que tenían ante sus ojos. Desde entonces, la posteridad ingrata y mezquina comenzó llamando al Nuevo Continente "tierra de Américo" o "América", en lugar de Colombia, que era el calificativo más justo y honrado que podía asignársele.

La incógnita no pudo ser despejada, sin embargo, sino cuando Vasco Núñez de Balboa tropezó con el Océano Pacífico; Hernando de Magallanes y Sebastián de Elcano daban la vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, surcando precisamente las aguas del Pacífico, y las expediciones interiores, que en apoteósicas andanzas emprendieron los conquistadores en los siglos XVI y XVII, fijaron como en una pantalla estática las impresiones naturales y humanas de estos pueblos aborígenes, distintos de aquellos que habían hollado sus plantas de vagabundos.

Conmoción débil, es cierto, pero firme, constituyó este primer conocimiento del suelo americano. La ruta quedó abierta de par en par, y por sus puertas, anchas y sin cortapisas, miles y miles de pioneros de una gran cruzada iban penetrando hacia la conquista de El Dorado, sueño fantástico que se perdía en la calenturienta imaginación de los insatisfechos viajeros.

Vino entonces la lucha de dos sistemas de vida: el europeo, delineado por un espíritu individualista, con una concepción dis-

tinta de los problemas y una religión propia, que chocaba con el régimen económico agrario del colectivismo, el culto al Sol o el panteísmo diversificado de América. La conquista encierra no sólo un fenómeno político, por el cual las coronas auspiciadoras de la empresa reciben grandes extensiones de tierras e incontables riquezas. Significa, ante todo, un cambio profundo en las realidades mismas de los pueblos americanos. Junto al soldado marcha el sacerdote, lo que equivale a decir que, junto al imperio de la fuerza terrenal, viaja la del espíritu. La organización social, económica, política y religiosa da un gran viraje, quizá sin bases previas, sin análisis anteriores, como no ocurrió tal vez con la América del Norte, en donde los cuáqueros llevaron desde el primer momento un plan de trabajo colonizador y "el ímpetu de su energía creadora en busca de libertad". No exageraríamos, por lo mismo, al decir, como lo hacen los profundos pensadores de la realidad americana, que desde aquí pueden irradiar las verdaderas diferencias del destino de los pueblos y la poca consistencia política de los países que nacieron bajo la inspiración hispánica.

Débiles y amedrentados ante la superioridad de la técnica, los aborígenes ceden ante las pretensiones del conquistador. El arcabuz, el caballo, pueden a la flecha del indio, que se siente incapaz de lanzarse certera. España y Portugal vencen al fin de cuentas, y en el escenario americano se perfilan dos situaciones: o el indio se somete a las ambiciones extranjeras o huye del alcance del blanco. Hispanoamérica confronta ambos casos. En el primero, el andar de los tiempos se encarga de dar una nueva tonalidad al auctótono, y, en el segundo, ni los siglos han sido capaces de transformar estos residuos numerosos, espejos vivientes de lo que fué una cultura sepultada y trabas verdaderas para el engrandecimiento actual de las naciones.

Los dos grandes Imperios (el de los incas, configurado con lo que corresponde en nuestros días a Bolivia, Perú, parte de Chile, Ecuador y parte de Colombia, con su organización *sui generis*, y el azteca, en el Norte, con su peculiar manera de ser) quedan reducidos entonces a una unidad social, económica, política y religiosa distinta. A la modorra de los pueblos auctótonos sustituye la dinámica de una raza milenaria con toda la secuela de bondades y pujanzas, es cierto, pero de contradicciones e inconvenientes también, que tiene su expresión más precisa en el largo y discutido período colonial.

En este panorama de incertidumbre comienza el siglo XIX, soplando corrientes de libertad. Sobre el lomo de los mares de Euro-

pa arribaba a tierras indias la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, nacida bajo la inspiración francesa de su Revolución, que prendió, junto con otros muchos factores, la tea de la rebelión en los pueblos americanos. Nacieron los propagandistas de ideas avanzadas: Miranda, Espejo, O'Higgins y Moreno, en el Sur; Hidalgo y Morelos, en el Norte, junto con los Cabildos, instituciones que representan una naciente democracia criolla, son, a no dudarlo, los puntales más sólidos de una segunda transformación en el continente americano. Ejecutores de ella no tardan en aparecer. En efecto, en la gran palestra de la Revolución asoman Bolívar, San Martín, en el Sur, y en el Norte, luego de la ejecución de Morelos, Guerrero e Itúrbide toman el comando de la acción emancipadora, que se extiende amenazante por los cuatro puntos cardinales, hasta que, en 1830, las metrópolis habían sido arrebatadas de la casi totalidad de sus dominios, instituyéndose en su lugar los Gobiernos soberanos de los países independientes.

Nacen los Estados autónomos con ansias del ganeo. Se dictan las normas constitucionales que han de inspirar sus realizaciones. Cada cual tira para su lado, y las apacibles tierras de antaño se convierten de pronto en una especie de incubadora de funestas pretensiones. Las clases dominantes, que creen tener derecho para regir el destino de los hombres y de los pueblos, no cederán un paso, y dispuestas están, como lo han hecho, a organizar el nuevo sistema de acuerdo con su voluntad. Se establece entonces una supremacía y se entabla una lucha a muerte en estos pueblos, que recién comienzan a desenvolverse en rutas de liberación política, lo que tantos perjuicios nos ha ocasionado, porque han sido, a no dudarlo, las causas fundamentales para que los pueblos hispanoamericanos reaccionaran continua y violentamente en contra de los tutelajes nefastos y oprobiosos por su sentido absolutista de dominación, redundando en falta de cooperación y acercamiento entre los conglomerados humanos, que se alinean en nuestro continente, ya que están abocados a diarios problemas nacionales aún no resueltos, que representan la vida misma de ellos.

El deseo de resolver lo nuestro, para proyectarnos a tratar el de los demás, impide la ayuda mutua. Hay que sanear el mal propio para comenzar a hacerlo con el ajeno.

LA ORDENADA

Consecuentes los pueblos con los factores que alimentan su desenvolvimiento, van jalonando paso a paso el progreso, que es la meta final que, en mayor o menor grado, aspira todo conglomerado,

humano. En estos de Hispanoamérica se nota esta tendencia, pero con algo de autarquía. Falta cooperación en el empuje, a pesar de la identidad de los elementos étnicos, espirituales y materiales que lo conforman. En los últimos tiempos se ha visto (y por qué no confesarlo) una laudable tendencia a conocerse más de cerca, a tratar los problemas de todos desde el punto de vista de todos. La última conflagración mundial fué el toque de llamada para que el hombre de Hispanoamérica comprenda la necesidad de vincularse con sus semejantes. La furia desatada en los campos de Europa clamaba más que nunca la hora de la cohesión; pero América parecía sorda, y más de una vez se sintió la frialdad del aislamiento. El tronar de los cañones anunciaba con sus grandes estampidos la "interdependencia de los Estados y los pueblos de Hispanoamérica, aferrados a los dogmas de la soberanía". El panorama de entonces ha cambiado; pero falta voluntad para afrontar los problemas y sentido común para resolverlos. Verdad que el sentido común es el menos común de los sentidos, como dijo Chesterton. Sin embargo, y a pesar de la verdad que encierra esta frase, todo puede salir a pedir de boca si hemos de considerar que el destino de Hispanoamérica está en nuestras manos. El hombre hispanoamericano debe meditar serenamente en lo bondadosa y sabia que ha sido la Naturaleza para con él.

Quizá somos únicos con tantas prebendas. No confrontamos la diversidad de razas, idiomas, costumbres, religiones con caracteres marcados, como el continente europeo y cualquiera otro, por ejemplo. Si Norteamérica, con su cultura y pensamiento distintos, no hiciese disonancia con los otros pueblos de esta porción geográfica, bien podríamos decir de modo absoluto aquella frase, un tanto profética, que expresara el diplomático mexicano Luis Quintanilla cuando manifestaba: "América es un continente. Comparativamente, Asia, Africa, Europa y Australia son simples ficciones geográficas. América es el único continente integralmente unificado y distinto. América llena el hemisferio occidental con su grandeza solitaria. Es libre, horizontal y verticalmente, del Este al Oeste, del Norte al Sur, de un océano al otro y de un Polo al otro Polo." Los pueblos hispanoamericanos viven estos momentos el período de su juventud, fuertes y abundantes de salud y bienestar. El futuro depende de nosotros, y podemos hacer de él lo que nuestra voluntad nos ordene. Cuando ella actúe, no olvidemos la responsabilidad frente a los destinos propios y ajenos. Sólo con armonía en los procedimientos, con firmeza en las resoluciones y con fe en el porvenir se puede llegar a puerto seguro. Por felicidad, los

hispanoamericanos no andamos del todo ciegos. La venda que cegaba nuestros ojos por obra y gracia de una funesta irresponsabilidad ha sido hecha jirones. Un horizonte de esperanza nos ilumina, y decididos estamos a conquistarlo. Para ello no estaría mal que la luz de la razón, la planificación de nuestros esfuerzos y el practicismo de nuestras realizaciones sean las hadas madrinas que guíen nuestros pasos.

Entonces, Hispanoamérica puede comenzar su larga jornada teniendo en cuenta los siguientes enunciados: *cooperación económica ajustada a las realidades de cada país; diversificación de las economías nacionales; presencia de capitales, con las limitaciones que la independencia económica de los países requiera; industrialización de los pueblos; elevación del nivel de vida de los pueblos; sistemas monetarios saneados; acercamiento continental por las comunicaciones internas e internacionales; abolición de las trabas que impiden el libre comercio; cambio profundo en el Derecho internacional; estabilidad política de los pueblos; constante intercambio de hombres e ideas.*

A base de ellos es posible que el porvenir sea brillante. Pueden faltar, como de hecho faltan, otros muchísimos aspectos. Algunos encuadrados ya en lineamientos anteriores y otros no contemplados porque los considero secundarios, dada la amplitud y generalidad de los expuestos. Un pequeño desarrollo de los mismos servirá de ilustración para lo que se afirme y de punto de apoyo para lo que se concluya.

COOPERACIÓN ECONÓMICA AJUSTADA A LAS REALIDADES DE CADA PAÍS

Es un axioma económico el que todos producen algo, pero nadie produce todo. Con excepción de los Estados Unidos de Norteamérica y la U. R. S. S., no existen otros pueblos en el mundo que puedan bastarse a sí mismos. La interdependencia económica es una realidad. Si analizáramos las economías de nuestros países, encontraríamos que esta verdad se pone de manifiesto. Argentina, con su carne y trigo, abastece a los países que de estos productos requieren. Ecuador con el arroz, Colombia con el café y Venezuela con el petróleo realizan igual labor. Nada mejor para comprobar lo afirmado que valernos de las cifras estadísticas. En el año de 1942, más de un 8 por 100 de las exportaciones de México fueron a diversos países latinoamericanos. El año 1947 arroja resultado seme-

jante, contrastando todo esto con lo que señalaba el año 1938, las que ni siquiera llegaban a un 1 por 100. Los datos de los últimos años casi llegan al 12 y 13 por 100. Argentina es quizá el país que va a la vanguardia del abastecimiento económico hispanoamericano. El año 1951 nos indica que Argentina vendió al Brasil 123.574.000 dólares, adquiriendo a su vez de aquel país 122.539.000 dólares. En el mismo año, Colombia realizó con el Perú transacciones comerciales por un valor de 8.074.000 dólares, y Uruguay con Venezuela operaciones idénticas por un total de 16.069.000 dólares. Todo esto nos está indicando que la economía constituye la piedra angular sobre la que debe levantarse la cooperación en los países de la América Hispana. Claro que por las múltiples circunstancias que conforman la estructura económica de cada pueblo, este intercambio económico tiene que hacerse ajustado a las realidades de cada país. No es posible exigir a Bolivia o Paraguay lo mismo que podemos esperar de Brasil o Argentina. Hay que calcular las posibilidades de cada uno para exigirle el aporte para el bienestar de todos.

DIVERSIFICACIÓN DE LAS ECONOMÍAS NACIONALES

El intercambio económico que hemos venido enunciando no es posible cuando en las naciones de esta parte del mundo existen economías mal balanceadas y equilibradas. El monocultivismo parece ser la pauta de las economías en la mayoría de los países hispanoamericanos. Hasta hace poco, Cuba se defendía con el azúcar; Chile, con el cobre y los nitratos; Brasil y Colombia, con su café; Ecuador, con el arroz, etc. De esta manera no es posible hablar de economías nacionales desarrolladas. Así parece que comprendieron los pueblos hispanoamericanos, como que, durante la depresión de 1930, realizaron un inaudito esfuerzo para intensificar las industrias locales, incrementar la agricultura y abrir mercados en los que puedan evacuarse los excedentes de producción. Esto, que era de vital importancia, se vió aumentado con la pérdida de los mercados europeos por causa de la última guerra, la que, a no dudarlo, dió origen para que los hermanos de Hispanoamérica aceleraran grandemente el desarrollo del que estamos preocupados.

La mayoría de las naciones que conforman lo hispanoamericano han estado interesadas en la producción de materias primas. Exportando en grandes cantidades las riquezas nacionales e importando de la misma manera los productos elaborados. La industria-

lización ha venido a paso de tortuga. Se puede contar con los dedos de una sola mano los países que tienen industria en período de desarrollo. Se hace, pues, urgente que estos pueblos diversifiquen su economía. Que la estructuren sobre bases sólidas. Hay que comprender, de una vez por todas, que el subjetivismo de la soberanía e independencia no tienen razón de ser sin el respaldo económico. Quienes enuncian el imperio de cien libertades en los países débiles por su economía, están hablando en el aire. Debemos principiar por los cimientos y no por la armazón. América es tierra propicia para trabajar. A base de sus experiencias podemos levantarnos. No estaría por demás crear un sistema económico hispanoamericano inspirado en las nuevas concepciones de la materia. Como joven, como americano, creo firmemente que el trasplante de ideas económicas, sin aclimatarlas al terreno en el que se quiere que germinen, resultan peligrosas. Esto no obsta para estudiar la bondad de los modernos postulados a la luz de nuestras propias realidades. Si la razón nos aconseja, adaptémoslos con entereza, sin temor ni reticencias, que aquello que implica transformación positiva no hay por qué temerlo.

**PRESENCIA DE CAPITALES CON LAS LIMITACIONES
QUE LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA
DE LOS PAÍSES REQUIERAN**

Huelgan comentarios respecto a la necesidad de capitales que tienen los pueblos hispanoamericanos para acrecentar su desarrollo (1.000 millones de dólares anuales, según cálculo de la C. E. P. A. L.). El capital es un elemento indispensable para construir la grandeza de los Estados. Somos enemigos del imperialismo económico porque lo estimamos nocivo, y bien sabemos que este coloniaje comienza con los créditos que un país da a otro. Sin embargo, procederíamos con ceguera al no admitir que la presencia de capitales es fundamental para los pueblos que comienzan a desenvolverse. El capital es la fuerza motriz que impulsa a la agricultura, minería, industria, etc., por lo que no podemos relegar su importancia. Hay sólo que evitar el espíritu belicoso que trae envuelto la presencia de capitales. Y ello es fácil conseguirlo cuando éstos proceden de un Estado que no tiene interés político en el desenvolvimiento de otro y va destinado no a cubrir déficit ni lagunas presupuestarias, sino a incrementar las existencias económicas de una nación. Con gran acierto, el internacionalista ecuatoriano doctor

Eduardo Salazar Gómez, en su conocida obra *Convulsiones del hemisferio americano*, expresa lo siguiente: “El capital-producción, el capital-construcción, el capital-fomento debe ser bien venido, salvo que provenga de la parte oficial de un Estado que tiene interés político en el desenvolvimiento de otro.” “El capital oficial, el capital administrativo debe ser siempre materia de estudio microscópico, de análisis cuidadoso; su aceptación es, por lo menos, de *dudosa ortografía*.” Y es que esta última clase de capital tiene siempre un interés preconcebido, como que no levantaríamos calumnia manifestando que él es el verdadero opio de los pueblos, y que estos de Hispanoamérica han bebido el narcótico por algunas décadas. Momentos ha habido que los capitales extranjeros han copado los horizontes patrios con ferocidad inaudita. De ello, nada provechoso se ha sacado, porque no hemos procedido con cordura. Hemos estado acostumbrados a recibir capitales vengan de donde vinieren, creyendo que de ellos depende nuestra salvación. Fantástica creencia, que se ha estrellado con la realidad de las cosas. Lecciones que han costado lágrimas y risas, pero que nos ponen alerta para proceder en el futuro “con estudio microscópico y análisis cuidadoso”.

INDUSTRIALIZACIÓN DE LOS PUEBLOS

Ya hemos indicado anteriormente que los hispanoamericanos hemos estado preocupados en la producción de materias primas, sin considerar los enormes perjuicios que ello nos reportaba. Ahora es necesario que pensemos que, junto a la producción de estos elementos, tenemos que realizar la transformación de ellos, industrializando los países, pues no puede escapar al buen sentido que la industrialización crea consumidores, tanto nacionales como internacionales. Las relaciones hispanoamericanas serán más sentidas cuando los países se coloquen en igual categoría: de industriales a industriales, que de agrícolas a industriales o de industriales a agrícolas, porque de este modo queda abolida la supremacía, que es la gran plataforma que envanece la importancia de un Estado y lo convierte en padrastro protector de otro. Los pueblos hispanoamericanos podemos industrializarnos. Nos hace falta tan sólo capitales, pues los otros elementos indispensables para la industrialización (materias primas y trabajo) los tenemos en abundancia. Así lo entendió por felicidad Nelson Rockefeller cuando en alguna ocasión manifestaba: “Estos pueblos han proporcionado millones de dólares en materiales estratégicos (refiriéndose a los hispanoamerica-

nos); y ¿qué quieren en compensación? Quieren tener la oportunidad de industrializarse para desarrollar sus recursos naturales y transformarlos." He aquí la gran y mejor tarea de Hispanoamérica toda. Por ella podemos y debemos luchar. Por ella lucharemos.

ELEVACIÓN DEL NIVEL DE VIDA DE LOS PUEBLOS

Lamentable desde cualquier ángulo que se enfoque ha sido el nivel de vida de los pueblos hispanoamericanos. Los habitantes, en la mayoría de estas naciones, viven en malas condiciones. La clase media, abundante como ninguna, es quizá la que más perjuicios ha sufrido. Con excepción de contadísimas personas, el voluminoso conglomerado humano de los desposeídos ni siquiera conoce los adelantos de la técnica. Habitaciones antihigiénicas; alimentación, más que mala, pésima; privación de todo lo que significa *confort*, etcétera, son características que conforman la razón de ser de estos ciudadanos. Bastará, a modo de ilustración y para corroborar lo afirmado, presentar someramente el promedio aproximado de los ingresos *per capita* y familiares que correspondió a Hispanoamérica y a los Estados Unidos en 1952: 211,45 dólares y 1.068, respectivamente, para los primeros, y 1.862 dólares y 6.176, en su orden, para los segundos. En semejante situación parece ridículo hablar de cooperación entre los pueblos si éstos todavía necesitan la dedicación de sus mismos habitantes para cohesionarse en debida forma. En ocasión propicia indicamos que era fundamental solucionar los problemas internos para hacerlo los externos. Ahora volvemos a recalcar lo mismo, convencidos que lo que abunda no daña, y, por el contrario, sirve para rectificar errores y enfocar con claridad los nuevos derroteros.

SISTEMAS MONETARIOS SANEADOS

Aun cuando nos duela, debemos confesar que la moneda hispanoamericana, con raras excepciones, ha ido a la deriva. El poder adquisitivo de ella es deficiente. Deficiente para lo interno y deficiente para lo internacional. Y como si esto no fuera poco, la desgracia se aumenta con el comercio exterior, el que se realiza con el patrón dólar. Grandes cantidades de dinero son necesarias para cubrir el monto de lo que en dólares significa. La moneda

latinoamericana se deprecia en general debido a múltiples factores, entre los que descuella la tan bullada inflación. Esta, que es hoja de parra para cubrir proyectos fracasados, es también morbo para enfermar economías. Y las de Hispanoamérica han estado casi siempre atacadas de este mal. León Henderson, al referirse a la inflación, manifiesta: "Una pequeña inflación es como una pequeña preñez: crece por sí misma en quien la tiene." No importa —dice el doctor Salazar Gómez— que sea grande o pequeña la inflación, pues éstas son "palabras demagógicas para presentar el caso mejor o peor vestido". Lo grave es la inflación, y con eso basta. Y es que ella trae consigo una serie de complicaciones que repercuten en muchos aspectos, y de manera especial en la moneda, con lo que se transforma radicalmente el *standard* de vida de los pueblos. El National Industrial Conference Board nos presentó un cuadro demostrativo de la inflación desde 1939 hasta comienzos de 1944, observando que la circulación de papel en los países latinoamericanos ha aumentado en la siguiente proporción: "Argentina, en un 72 por 100; Brasil, en un 134 por 100; Chile, en un 167 por 100; Colombia, en un 125 por 100; Ecuador, en un 258 por 100; Perú, en un 210 por 100; Uruguay, en un 43 por 100; Venezuela, en un 111 por 100; Costa Rica, en un 196 por 100; Cuba, en un 191 por 100; México, en un 270 por 100; El Salvador, en un 187 por 100, etc." Creemos que la situación ha mejorado desde entonces; mas no podemos pecar de excesivo optimismo para estimar que ella ha dejado de constituir un grave y delicado problema.

ACERCAMIENTO CONTINENTAL POR LAS COMUNICACIONES INTERNA E INTERNACIONALES

Por mandato de la Naturaleza, los Estados se han visto aislados por montañas, océanos, selvas y desiertos. Esto ha repercutido grandemente en las relaciones entre ellos, pues han estado privados de un mayor acercamiento por imposibilidad física. Acercamiento en la industria, el comercio y el espíritu, lo que ha dado lugar a la ignorancia entre naciones y, por ende, a la desconfianza. El automóvil, el barco, el avión, etc., han servido para acortar distancias. Ya no resulta problemático el trasladarse de un lugar a otro por muy distante que éste sea. Hispanoamérica ha hecho mucho en este sentido. Si no, que lo diga la gran carretera panamericana, las líneas aéreas que unen los principales centros comerciales y ese gran ensayo, que puede tener mayores proporciones, y que debe te-

nerlo, con la flota mercante Gran Colombiana. No estaría por demás pensar en la formación de Compañías aéreas, terrestres y marítimas con capitales exclusivamente hispanoamericanos, que vayan y vengan a los mercados hispanoamericanos. Si esta visión futurista pudiera realizarse, habremos puesto la primera piedra de la cooperación y concordia prácticas.

ABOLICIÓN DE LAS TRABAS QUE IMPIDEN EL LIBRE COMERCIO

Parece un mal congénito el de Hispanoamérica el querer corchar sus fronteras con verdaderas murallas chinas. Las trabas que se ponen al libre comercio son tan exageradas y cuantiosas que las mercaderías que pasan de un lado al otro casi lo hacen sin cabeza. Verdad que algunas nacieron por restricciones de la segunda guerra mundial y por seguridad de las naciones. Pero ahora que la conflagración terminó hace mucho tiempo, deben también terminar tan absurdas imposiciones. No se puede realizar ningún intercambio cuando a él se lo ata por el cuello. Y sabemos como la tabla de multiplicar que países que no se unen por intereses comerciales no pueden, en el plano de las consideraciones prácticas, juntarse por otros. Hablamos de entendimiento, pues entendamos primero que si no abrimos de par en par las puertas de las fronteras no podremos tener ni entreabiertas las del corazón.

CAMBIO PROFUNDO EN EL DERECHO INTERNACIONAL

La vida internacional, con sus constantes transformaciones, nos indica que es necesario realizar un cambio profundo en el Derecho internacional. No es posible que persista en pleno siglo XX aquel viejo concepto de soberanía, hermético y orgulloso, de antaño. El profesor Alejandro Alvarez dice: "Es menester efectuar un cambio profundo en el Derecho internacional del porvenir, de conformidad con la independencia de los Estados y las nuevas condiciones de vida internacional." Hay que mantener la independencia de un Estado, pero subordinada a los intereses colectivos. Lo que hace una década ocurría a una nación, y que en nada nos interesaba, puede ahora ser de vital importancia en el mundo. Precisa despejar prejuicios, amenguar ambiciones para vivir en paz. La libertad nacional no puede ser ilimitada. Ella se detiene en donde principia el derecho de los demás, y este derecho es el fundamental

para la cooperación entre las naciones. Ya no podemos hablar en función de ciudadanos de tal o cual nación para solucionar un problema. Debemos hablar en función de ciudadanos de América, como soñaba Enrique Rodó cuando manifestaba: "Cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados por el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil ni con el nombre de México, sino que contesten con el nombre de América." "Hay que estar convencidos de que somos ciudadanos de Hispanoamérica, con el mismo tipo de fe que nos hace sentirnos ciudadanos de cada una de nuestras patrias. Y hay que tener la convicción íntima de que el ser ciudadano de un país hispanoamericano supone—con los derechos y deberes consiguientes—la afiliación de Hispanoamérica", al sentir del eminente profesor uruguayo don Carlos Lacalle. Sólo cuando tengamos conciencia de americanos podremos marchar adelante en la conquista de las más caras aspiraciones.

ESTABILIDAD POLÍTICA DE LOS PUEBLOS

Con gran sentido del humor, el filósofo chino Lin Yutang expresa en su libro *Entre lágrimas y risas*: "En lo que China difiere esencialmente del Occidente es en tres repugnancias: la repugnancia hacia el soldado, la repugnancia hacia la Policía y la repugnancia hacia el abogado..." La América Hispana en general ha tenido que soportar en los últimos tiempos una vorágine incontenible de sublevaciones y volteretas, la mayoría de las cuales han sido patrocinadas por elementos militares. Varios Gobiernos de *facto* se han instaurado a lo largo de la América como una verdadera epidemia. En semejantes condiciones no es posible para los pueblos desenvolver sus actividades con la tranquilidad que los complicados y elevadísimos problemas de Estado requieren. Esta situación ha preocupado sobre manera a los organismos regionales de América, que han tratado por todos los medios de poner coto a semejantes anomalías.

Los Gobiernos se han cambiado, como las fichas de un juego de ajedrez, sin resultados beneficiosos. Los cuartelazos a nada conducen, y deben ser aplastados donde nazcan, porque son un peligro para la democracia. No estaría por demás pensar en la creación de un Comité hispanoamericano, que sea el encargado de instruir a los Gobiernos miembros la posición que deben adoptar

en caso de un Gobierno de *facto*. Este Comité analizaría serenamente la situación producida, las razones que la hayan motivado y los efectos que van a tener. Puede entenderse este principio como una intervención. Pero ya indicamos en el análisis precedente que el concepto de soberanía tiene que evolucionar, porque, de otra manera, sería contemplar el derrumbamiento de un pueblo con el beneplácito y carcajadas de los demás.

CONSTANTE INTERCAMBIO DE HOMBRES E IDEAS

Es lamentable el desconocimiento que existe entre los pueblos hispanoamericanos. Los venezolanos conocen a Eloy Alfaro, Juan Montalvo y González Suárez, del Ecuador, y los ecuatorianos, a Bolívar, Sucre y Bello, de Venezuela. De Chile apenas podemos mencionar a O'Higgins, Diego Portales y a algún otro personaje, y nada más. El contacto espiritual con Cuba se cierra en los límites de Martí y Antonio Maceo. No sabemos lo que somos ni lo que podemos ser los hispanoamericanos. Se hace necesario, por lo mismo, un mayor acercamiento entre los pueblos. Que vengan y vayan los libros, estudiantes, políticos y trabajadores. Con honrosas excepciones, los diplomáticos cumplen a cabalidad la misión a ellos encomendada. La mayoría estima que, con los banquetes ofrecidos en tal o cual ocasión, ya se han estrechado los vínculos espirituales, y eso basta. Si pensamos en entendimiento, debemos conocernos, como cosa primordial. Si no lo hacemos, ese entendimiento se realiza a ciegas, como un viajero que desea conocer un paraje en noche oscura y lluviosa. El conocimiento nada cuesta, y, sin embargo, vale tanto. A las deudas que los hispanoamericanos habremos de saldar algún día con la Madre Patria, habrá que agregar necesariamente los invalorable servicios que para el cumplimiento de tan noble postulado nos ha proporcionado el Instituto de Cultura Hispánica y el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, ejemplos institucionales de intercambio, colaboración y acercamiento eficaz entre las naciones de su estirpe.

CONCLUSIONES

Conocidas las causas del distanciamiento hispanoamericano, que se remontan a épocas históricas, las consecuencias, que resultan ociosas analizarlas, porque se desprenden lógicamente que ellas son:

falta de cooperación en lo económico, social, cultural, el nomim-portismo, aislamiento, egoísmo, etc., etc., de estos pueblos; las medidas que pueden tomarse en cuenta para tratar de corregir el mal, tócanos ahora ver las repercusiones que esta falta de armonía podría tener con el andar de los tiempos en la conservación de la paz mundial.

La Historia Universal nos cuenta que fueron el Indostán y la China en el Oriente las que llevaron el timonel de la civilización en épocas anteriores. Luego, el norte de Africa, con Egipto y Cartago, no podían sustraerse a la influencia en el mundo. Posteriormente, Europa, con griegos y romanos, encendieron la antorcha de la luminosidad en todos los órdenes de la cultura, luminosidad que ha continuado con franceses, alemanes, italianos, españoles, etcétera. Hoy, que la vieja Europa parece que va cumpliendo su misión en el mundo, la América toda será la llamada a dirigir los destinos de la Humanidad. Consecuentemente, Hispanoamérica entrará por derecho propio en el puesto director. La conflagración que terminó nos da la razón de lo afirmado. América se presentó como un solo bloque y triunfó. A no dudarlo, el hombre hispanoamericano desempeñará en el futuro un papel preponderante. En el siglo XIX, Hispanoamérica quizá no pesaba en el concierto universal. Pero en el XX y siguientes, dada la juventud, dinamismo, recursos, etc., de estos pueblos, vendrá a constituirse en el fiel de la balanza internacional, que marcará la inclinación de los platillos según el peso de ellos. Precisamente por esta razón es necesaria la cohesión hispanoamericana, así como la preparación que ella debe tener para dirigir los destinos del mundo. Me atrevo a calificar a Hispanoamérica como el polvorín de los siglos posteriores.

Si una chispa llegara a tocarlo, bien podría saltar la Humanidad en pedazos. Y esto por obra y gracia de la Historia.

Hugo Muñoz García.
Blasco de Garay, 8.
MADRID.

Madrid, diciembre de 1955.